

en *Palacio*, que son sin disputa dos de sus obras maestras. Allí está también su hermoso manifiesto romántico en defensa del teatro español y de la libertad del arte. Entre los versos laudatorios los hay de Lope y del novelista Castillo Solórzano: una de las aprobaciones es de Jáuregui. Todo esto puede servir para determinar sus relaciones literarias. Hay en el libro indicaciones autobiográficas, aunque, por desgracia, bastante obscuras. Tirso se introduce personalmente en su novela como un «*humilde pastor del Manzanares, vestido de un pellico blanco con unas barras de púrpura á los pechos, insignia de los de su profesión (hábito de la Merced), el cual halló mejor acogida en la llaneza de Toledo que en su patria, tan apoderada de la envidia extranjera*». Insiste mucho en esto de la *envidia*, lo cual hace suponer que se trata de contiendas literarias y no de negocios interiores de su Orden, en los cuales tuvo que intervenir bastante y con mucha decisión y entereza, como por su Crónica inédita aparece; pero quédese esto á cargo de quien por primera vez puede y debe decirlo. Otra noticia muy curiosa de *Los Cigarrales* es la de una hermana de Tirso que vivía en Madrid, «*harto parecida á él en ingenio y desdichas*». Todo esto

pica en alto grado la curiosidad, pero hasta ahora es imposible satisfacerla. Y con esto y con saber que el impresor primitivo de *Los Cigarrales*, tras de isar letras y añadir palabras, robó á Tirso adelantada la mitad del precio de la impresión, dejando el libro á medio hacer y obligándole á buscar nueva imprenta, de lo cual el buen fraile, no muy sobrado sin duda de dineros, se queja en tono medio cáustico, medio zumbón, queda indicado lo principal que para la biografía de Tirso contienen *Los Cigarrales*. Ya para aquella fecha llevaba compuestas su autor hasta la enorme cifra de *trescientas* comedias, «con que había divertido melancolías y honestado ociosidades». Prometía publicar en breve las doce de la primera parte, y además un tomo de doce novelas, «ni hurtadas á las toscanas, ni ensartadas unas tras otras como procesión de disciplinantes, sino con su argumento que lo comprenda todo»; en fin, una especie de *Decamerone*, de los muchos que hay en nuestra lengua. De estas novelas nada se sabe, y es lástima, porque si eran como *Los Tres Maridos burlados*, serían buenas de todas veras.

En este mismo año de 1621, Tirso, que, á pesar de la envidia de que tanto se queja, debía

de ser ya un personaje literario de mucha cuenta y muy respetado, recibió la dedicatoria de la *Primavera* y *Flor de los mejores romances*..... recopilada por el licenciado Pedro Arias Pérez. El Sr. Cotarelo reivindica con buenas razones para Tirso la paternidad de dos de los romances anónimos contenidos en esta pequeña antología, y que íntegros ó en fragmentos se leen también en comedias del insigne Mercenario.

1622. Concorre Tirso al certamen poético celebrado en Madrid con motivo de la canonización de San Isidro, presentando unas octavas y unas décimas, que ni fueron premiadas ni merecían serlo. Tirso no había nacido para poeta de certamen y de circunstancias, y él mismo debía de conocerlo, puesto que en adelante se abstuvo de concurrir á tales justas.

1623. Fr. Gabriel Téllez, residente en el convento de la Merced de Madrid, aprueba en 23 de Noviembre el libro de los *Donaires del Parnaso* (1.<sup>a</sup> parte) del discreto y fecundo novelista Castillo Solórzano, uno de los mejores entre nuestros ingenios de segundo orden.

Entre las décimas que aquel mismo año se escribieron á modo de vejamen contra Alarcón, con motivo de su relación poética de las fiestas

hechas al príncipe de Gales, hay una que en la colección de Alfay se atribuye á Tirso, y en un manuscrito del siglo xvii, visto por Hartzenbusch, á un Luis Téllez, enteramente desconocido. Si admitimos que *Luis* era uno de los nombres de Fr. Gabriel Téllez, quizá tengamos un indicio que nos conduzca al hallazgo de su partida de bautismo.

1624. Aprueba Tirso en 9 de Septiembre la novela pastoril *Experiencias de amor y fortuna*, que con el pseudónimo de Francisco de las Cuevas publicó el licenciado Francisco de Quintana.

Escribe también una décima laudatoria para el *Orfeo*, primicias del ingenio de Montalbán, si no fué regalo que hizo Lope á su discípulo predilecto. De todos modos, prueban los versos de Tirso que por entonces continuaba en buenas relaciones con Lope de Vega y su grupo.

Entre 1624 y 1627 hay que colocar uno de los hechos más importantes y menos conocidos de la vida de Tirso, su viaje á la isla de Santo Domingo, y quizá á otras partes de América, como Visitador de los conventos de su Orden. El hecho, ya curioso en sí mismo, lo es todavía más por cuanto se enlaza con los orígenes de la obra culminante entre las de Tirso, si no

por el mérito de la ejecución (de que apenas puede juzgarse en el estragado texto que poseemos), á lo menos por el de la concepción. A la ida y á la vuelta de su viaje, Téllez estuvo en Sevilla, y se supone que allí descubrió la leyenda del *Burlador*, de la cual (dicho sea entre paréntesis), aunque la llamen tradición sevillana, ningún vestigio se ha notado en los innumerables y excelentes cronistas de Sevilla. La primera noticia del viaje de Téllez fué comunicada en 1839 á Hartzenbusch por el malogrado erudito D. Juan Colom, quien la encontró en una obra de Fr. Pedro de San Cecilio sobre *Patriarcas, Arzobispos y Obispos de la Orden de la Merced*, conservada en la Biblioteca Universitaria de Sevilla. Dice textualmente el P. San Cecilio: «Conocí al Padre Presentado Téllez en Sevilla, cuando vino de la provincia de Santo Domingo, y caminé con él hasta la villa de Fuentes, donde yo era actual Comendador, año de 1625.» La fecha debe de estar escrita de memoria muchos años después, porque constando que Téllez se hallaba todavía en Madrid en Septiembre de 1624, no hay espacio posible para el viaje de ida y vuelta á la Isla Española, por breve que supongamos la permanencia de Tirso en ella.

En Sevilla seguramente trabó amistad Tirso con el donoso poeta Dr. Juan de Salinas, que le dedicó una décima, llamándole en el encabezamiento «lúcido ingenio de la Orden de la Merced».

1627. Publicación de la *Primera parte* de las *Comedias* de Tirso. La única edición que conocemos es de Sevilla, pero no puede dudarse que hubo otra de Madrid y del mismo año, cuyos preliminares están copiados en la de Valencia de 1631.

1630. Fr. Gabriel Téllez aparece elogiado con su propio nombre y con su pseudónimo en la silva VII del *Laurel de Apolo* de Lope de Vega, que le llama *el Terencio español*.

El mismo año, si hemos de creer á Alvarez Baena, publicó Tirso un *Acto de contrición* en verso.

1632. Hallamos versos laudatorios de Tirso en el *Adonis*, poema en octavas de D. Antonio del Castillo de Larzával, impreso en Salamanca, y en las *Verdades para la vida cristiana* del Dr. Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera, impresas en Valladolid. Quizá Tirso anduviera entonces por los conventos de Castilla la Vieja.

En 24 de Mayo de aquel año, Tirso era ya cronista general de la Orden de la Merced, por

fallecimiento de Fr. Alonso Remón, también famoso poeta dramático, de quien dice Cervantes que sus «trabajos fueron los más después de los del gran Lope». Como de tal fecundidad quedan muy pocos rastros, y el elogio cuadraría mucho mejor á Tirso, sospecha el Sr. Cotarelo que Cervantes confundió los trabajos de ambos Mercenarios, ó quizá llegó á creer, equivocadamente, que Tirso era el pseudónimo de Fr. Alonso Remón. De todos modos, convendría registrar atentamente las obras en prosa de Fr. Alonso Remón, que son muchas y muy heterogéneas, porque es posible que en alguna de ellas se contengan alusiones ó referencias á su compañero de hábito, á la vez que de profesión dramática. Me limito á indicar esta veta á los futuros investigadores, advirtiendo de paso que Tirso no parece haber tenido gran idea del criterio histórico de Fr. Alonso Remón, puesto que se creyó obligado á volver á escribir de nuevo toda la Crónica de la Merced.

1634. Tirso, según consta por las aprobaciones del *Deleitar aprovechando*, era ya en Abril de este año *Definidor general de la provincia de Castilla*, puesto poco inferior al de Provincial, y que demuestra la altísima consideración de que disfrutaba dentro de su Orden.

El mismo año de 1634 apareció de molde en Tortosa la *Tercera parte* de las *Comedias* de Tirso, recogidas por D. Francisco Lucas de Avila, sobrino del autor; y por una singularidad bibliográfica, la *parte* que se llama *segunda* no se publicó hasta el año siguiente de 1635 en Madrid, sin duda porque habiendo entregado Tirso simultáneamente los originales de ambas *partes* á impresores distintos, el de Tortosa acabó su tarea antes que la Congregación de Mercaderes de Libros de la Corte, á quien el tomo está dedicado por el mismo Tirso.

1635. Además de la *Segunda parte* de las *Comedias*, corresponde á este año la publicación de *Deleitar aprovechando*, miscelánea análoga á la de los *Cigarrales*, aunque formada con materiales de índole muy diversa. El cuerpo de la obra son tres novelas ascéticas: *El Bandidero*, que es la vida de San Pedro Armengol, tomada de las crónicas de la Merced; *La Patrona de las Musas*, que son las actas de Santa Tecla, libro apócrifo de los primeros siglos cristianos; *Los Triunfos de la verdad*, que es una refundición de la famosa y antiquísima novela *ebionita* de las *Clementinas* ó *Recogniciones*. Quizá fué Tirso de los primeros en comprender el partido que podía sacarse de los apócri-

fos y de las actas de los mártires, y en traer al campo de la novela moderna las leyendas de los primeros siglos cristianos, así como otros las habían llevado al teatro. Es el mismo pensamiento que en nuestros días inspiró la *Fabiola* del cardenal Wiseman y otros ensayos análogos, después de haber recibido forma épica en *Los Mártires* de Chateaubriand.

Completan el *Deleitar aprovechando* tres autos sacramentales, muy bien escritos, dos diálogos representables, y algunas poesías líricas, en general de corto mérito. En la dedicatoria parece el autor algo desazonado con el público del teatro: pondera «lo contingente del aplauso», los «atrevimientos de envidiosos é ignorantes», y, sobre todo, «lo poco que permanece la memoria de los varones célebres que por este camino se manifiestan al concurso, pues la comedia que más duración goza es en la corte quince días, y en los demás pueblos tres ó cuatro». La amargura de este prólogo puede hacer sospechar que la popularidad dramática de Tirso comenzaba á sufrir injustísimo menoscabo; ya porque se iniciara un cambio de gusto con las primicias del juvenil ingenio de Rojas y Calderón, ya porque la misma exuberancia monstruosa de la producción escénica

en el siglo XVII, acostumbrando al público á diarias novedades, acabase por devorar, como Saturno, á sus propios hijos.

En este mismo año de 1632 anunciaba el Dr. Montalbán en su *Para todos* que Tirso tenía para dar á la estampa unas *Novelas ejemplares*, probablemente las mismas que en *Los Cigarrales* había anunciado. El elogio de Montalbán es bastante expresivo: califica de «excelentísimas» las comedias de Téllez, y á él de «poeta siempre grande».

1635. Publicación de la cuarta parte de las comedias de Tirso.

1636. Publicación de la quinta parte.

1638. En 8 de Mayo de este año firma Tirso con una larga nota autógrafa su comedia de *Las Quinas de Portugal*, cuyo manuscrito inédito se halla en la Biblioteca Nacional. Fué probablemente una de las últimas suyas.

1639. Tirso, llamándose *Licenciado* (título que no recuerdo que en ninguna otra ocasión usara, prefiriendo siempre el de *Maestro*, que entre los regulares equivalía al de *Doctor*), contribuyó con dos décimas, hartó conceptuosas, á la corona poética que, deplorando la temprana y desastrada muerte de Montalbán, tejieron más de ciento ochenta poetas y versifica-

dores con el título de *Lágrimas Panegricas*. Cuatro años antes se había formado otra corona, menos cargada de laureles, pero en honra de un poeta incomparablemente mayor, la *Fama Póstuma de Lope*, coleccionada por el mismo Montalbán. No hay en ella versos de Tirso, y esta omisión da mucho en qué pensar. Los poetas que en la *Fama Póstuma* se echan de menos son por lo común adversarios de Lope y aun declarados enemigos suyos: así Alarcón, Quevedo, Jáuregui, y quizá el Dr. Mira de Amescua. Falta también el nombre de Rioja; pero es sabido que en vida de Rioja no se publicó un solo verso suyo, ni el autor de las *Silvas á las flores* fué conocido de sus contemporáneos en calidad de poeta. Rioja, además, que era hombre de adusto ceño y de pocos amigos, gran privado del conde-duque de Olivares que nunca favoreció ni honró á Lope como debía, no parece haber sido muy de la devoción de éste, puesto que en sus cartas familiares, donde da rienda suelta á su maledicencia, se burla de él con muchísimo donaire, diciendo que «no se apeaba nunca de su divinidad» y que «estudiaba la filosofía por los Lacedemonios». En público le elogiaba como á todo el mundo, y hasta le dedicó una epístola

en tercetos; pero esto nada prueba. La vida interior de la república literaria ha de buscarse en otra parte que en los testimonios oficiales de aprecio mutuo, en que ciertamente no eran pocos aquellos grandes ingenios.

Esta misma razón me induce á dar poco valor á las muestras de cortesía que recíprocamente se tributaban Lope y Tirso. Nunca hubo entre ellos enemistad declarada, pero tampoco intimidad: sus relaciones fueron corteses, pero me parece que siempre frías. El elogio de Tirso que hay en el *Laurel de Apolo* contrasta por lo rápido y vulgar con las nubes de incienso que allí se queman en honor de cualquier poetastro que había escrito un soneto ó pensaba escribir una comedia. Tirso era el único dramaturgo digno de hombrearse con Lope, aun habiéndolos tan insignes en aquella generación. Hasta en la fecundidad le iba muy á los alcances. La comparación y la rivalidad tenían que establecerse por sí mismas, entrando á la parte el celo oficioso y cizañero de los amigos de uno y otro. La naturaleza humana, y más la naturaleza de los poetas, es harto flaca para resistir á tales estímulos. El mismo Lope confiesa en la dedicatoria de *Lo Fingido Verdadero* que á los envidiosos les parecía *imposible simpatía* la afición

que él manifestaba tener al ingenio de Tirso. Quizá tuvieran razón los envidiosos. Por su parte, Tirso no dejaba de dar pretexto y pábulo á los maldicientes, escribiendo en sus comedias alusiones satíricas tan claras como ésta de *la Antona García*:

*Que hay hombre que haciendo versos  
á los demás se adelanta,  
y aunque más fama le den,  
es tal (la verdad os digo)  
que niega el habla á su amigo  
cada vez que escribe bien.....*

ó esta otra de *Amar por señas*:

*.....¿Qué comedia  
hay, si las de España sabes,  
en que el gracioso no tenga  
privanza contra las leyes  
con duques, condes y reyes,  
ya venga bien, ya no venga?  
¿Qué secreto no le fian?  
¿Qué infanta no le da entrada?  
¿Á qué princesa no agrada?*

*.....  
«Los poetas desvarían  
con estas civilidades,  
pues dando á la pluma prisa,  
por ocasionar la risa  
no excusan impropiedades.»*

Finalmente, Tirso fué amigo y colaborador de D. Juan Ruiz de Alarcón, como lo prueba aquel sabido epigrama:

*«Vitor don Juan de Alarcón  
Y el Padre de la Merced:  
Por ensuciar la pared,  
Que no por otra razón.»*

Y es sabido que Alarcón era como el caudillo de todos los disidentes y alzados contra la monarquía literaria de Lope, los cuales llegaron á decir, por boca de Luis de Belmonte (en la dedicatoria de la comedia de nueve ingenios en honor de D. García Hurtado de Mendoza), que *«eran los que en España tenían el mejor lugar, á despecho de la envidia»*. Además de Belmonte y Alarcón, andaban entre ellos Guillén de Castro, Luis Vélez de Guevara y Mira de Amescua. El nombre de Tirso no suena allí, pero sus simpatías hacia este grupo ó pandilla me parecen evidentes.

1640. Tirso, dedicado ya con predilección á los estudios históricos, como lo exigía su oficio de cronista, publica una *Geneología de la casa de Sástago*. Sólo la cita Álvarez Baena, cuya autoridad bibliográfica no es mucha.

1645. En 29 de Septiembre de este año (y también es Baena quien da la fecha) fué elegido Fr. Gabriel Téllez comendador (lo que en otras órdenes se decía prior) del convento de Soria. Allí residió el resto de sus días, ocu-

pado sin duda en piadosos ejercicios y en la composición de su *Historia de la Merced*. La inscripción del retrato nos dice que «fabricó el retablo principal, el camarín, los colaterales y todo el adorno que se ve en la nave de la iglesia, dejando la sacristía llena de preciosas alhajas y ornamentos para el culto».

1646. Según una carta de pago, descubierta por el notario de Soria Abad y Crespo, y publicada por D. Antonio Pérez Rioja en *La Ilustración Española y Americana* (Mayo de 1883), Fr. Gabriel Téllez aparece en 5 de Octubre de 1646 otorgando recibo de 1.500 reales por limosna de mil misas dichas en el convento de la Merced de aquella ciudad en sufragio del alma de un D. Francisco López del Río.

1648. Fallecimiento de Tirso en Soria en 12 de Marzo de 1648.

Nadie sabe dónde paran sus restos ni los papeles que dejó al morir, excepto su *Historia*, providencialmente salvada. El convento de la Merced, de Madrid, fué demolido, sus moradores pasados á hierro en el horrible día del Carmen de 1834, y sobre el solar de la que fué casa de Tirso se levanta triunfante, como simbólico monumento de la cultura progresista,

la estatua del gran desamortizador Mendizábal, bastante por sí sola para ahuyentar á las Gracias y á las Musas, que anidaron en el alma de Fr. Gabriel Téllez. Cada época tiene los grandes hombres que merece, y los honra y festeja como puede.

Tal es, muy en esqueleto, la biografía de Tirso que el Sr. Cotarelo nos ha dado; primera biografía digna del nombre de tal. Hay en ella muchos datos positivos y seguros, pocas conjeturas y todas plausibles. Falta el estudio de las fuentes inéditas: falta recoger é interpretar todas las alusiones que hay sembradas en las comedias del poeta. Tarea ardua y delicada, en que importa proceder con mucha cautela, no dando valor de cosa averiguada á lo que puede ser capricho de nuestra fantasía. Á la señora doña Blanca de los Ríos pertenece esta empresa, y suya será la gloria de revestir de carne y sangre este esqueleto.

Pero ya se ha dado un gran paso con marcar los principales jalones del camino, y de hoy más no será lícito escribir la vida de Tirso con la incuria y el desmaño con que hasta ahora venía haciéndose. Lo cual no quiere decir que los manuales de literatura que corren en manos de los estudiantes no vengan todavía dentro



de treinta ó cuarenta años reproduciendo como cosa fresca las noticias de Gil y Zárate ó de Ticknor, como es uso y costumbre en esta bendita tierra, donde la enseñanza suele ir por un lado y la erudición por otro.

Vida, como se ve, modesta y ejemplar, sencilla y sin peripecias, contradice la de Tirso todos los sueños y cavilaciones que de un conocimiento superficial y mal digerido de sus obras venían deduciéndose. Fué un gran poeta y un excelente religioso: á estas dos líneas puede reducirse su epitafio. Al revés de lo que acontece con Lope de Vega, cuya biografía real y positiva es más novelesca que cualquiera novela que pueda inventarse, Tirso parece haber vivido en lo exterior la vida de todo el mundo, reservándose con plena libertad de artista otra vida interior en el mundo encantado de su fantasía, poblado continuamente de imágenes risueñas. Allí encontró (aparte de bellezas de otro orden más alto) aquel delicioso tipo de comedia amorosa, que por un lado confina con las fantasías de Shakespeare, y por otro con la amena coquetería de Marivaux.

Hay que resignarse á admitir que lo que Tirso supo ó adivinó de la vida, lo supo ó lo adivinó siendo fraile. Su maravillosa intuición

poética pudo suplir lo que de experiencia mundana le faltaba, y, por otra parte, el siglo y el claustro estaban en aquella centuria estrechamente unidos, y no formaban, como ahora, dos mundos aparte. El contraste aparente entre el género de las obras y la condición del autor no existía para sus contemporáneos. Nadie se escandalizaba de que un fraile tuviese buen humor y escribiese obras de regocijo y pasatiempo, empleando en ello las admirables dotes poéticas que Dios le había concedido. No había entrado aún en los ánimos esa apocada y vil tristeza, ese pesimismo feroz que algunos consideran como el único signo del creyente. La devoción continuaba siendo alegre, confiada y española. Su carácter de poeta cómico en activo ejercicio no fué obstáculo para que Tirso ascendiera en la Orden de la Merced á las dignidades más altas, y se oyera con respeto su voz en capítulos y definitorios. Todo el mundo encontraba muy natural y llano que Fr. Gabriel Téllez, además de ser Lector ó Maestro de teología, fuese el autor de *Don Gil de las Calzas Verdes*. Nueve años antes de su muerte todavía escribía comedias, á la verdad más morigeradas y también más frías que las primeras. En ningún pasaje de sus obras ma-

nifesta remordimientos por haber dedicado buena parte de su vida á tal ocupación. Ni él ni la sociedad de su tiempo pecaban de escrupulos monjiles. Por lo mismo que estaban tan seguros de su fe, eran espíritus sanos, que no se dejaban abrumar por embelecos y trampanjos. Hoy, que hasta el catolicismo nos le traducen de París, las cosas han cambiado mucho, y los españoles genuinos nos encontramos como forasteros en nuestra patria.

*Crítica bibliográfica* se titula la segunda parte del estudio del Sr. Cotarelo. Algo más que bibliográfica es, como iremos viendo. Pero aun la mera bibliografía de Tirso ofrece interés, aunque no sea más que por lo embrollada. Con no ser más de siete los libros suyos conocidos hasta ahora, es muy difícil llegar á ver juntas las primeras ediciones. De aquí errores, por otra parte muy excusables. Schack, que en la parte bibliográfica no solía ser muy exacto, y Hartzenbusch, que todavía lo era menos, autorizaron errores tales como el de suponer la existencia de una *Primera parte* de 1616 y de una *segunda* de 1627. Barrera, y especialmente Salvá (que poseyó la rarísima edición sevillana de la *Primera parte*), comenzaron á desenredar esta madeja, y el Sr. Cotarelo con-

tinúa felizmente esta labor. No podemos entrar aquí en este género de pormenores; además, aunque haya cuestión sobre la fecha y lugar de algunas ediciones de Tirso, no la hay sobre el contenido de las Partes 1.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup> La verdadera cuestión está en las comedias de la Parte 2.<sup>a</sup>, y en las que, atribuidas á Tirso, se imprimieron sueltas ó en colecciones de varios, ó se conservan manuscritas.

La *Segunda parte* es un rompecabezas bibliográfico. Fué publicada, como las restantes, por el mismo Tirso, en connivencia con su auténtico ó fingido sobrino D. Francisco Lucas de Avila, pero haciendo el autor en la dedicatoria la extraña advertencia de que sólo cuatro de las piezas incluídas en el tomo eran suyas, perteneciendo á diversos autores las otras ocho, *que no sé por qué infortunio suyo, siendo hijas de tan ilustres padres, las echaron á mis puertas.*

El hecho de meterse á editor de comedias ajenas quien tenía ya compuestas más de trescientas propias sin mendigar trazas ni asuntos, y esto en un libro cuya portada reza *Comedias de Tirso de Molina*, sin otra aclaración alguna, todavía nos suspende y maravilla menos que la inaudita modestia de esos dramaturgos in-

cógnitos que de tan buena voluntad echaban por puertas ajenas los frutos de su ingenio, sin permitir siquiera que se hiciese mención de sus nombres. Y cuenta que entre estas comedias estaban *El Condenado por desconfiado*, *Cautela contra cautela*, y otras tales, que, ciertamente, no eran para echadas por puertas de nadie ni para regaladas con tanto desprendimiento.

Sube de punto la sorpresa cuando se repara que en casi todas las comedias del tomo (cuál más, cuál menos) hay algo del estilo y manera de Tirso, y á pesar de la sagacidad con que la crítica va notando rasgos de la pluma de otros autores, nada tiene de temerario creer que, si no estuviésemos sobre aviso por la declaración de Tirso, leeríamos todo el volumen como producción de un solo ingenio, puesto que las desigualdades que en estas comedias se observan no son mucho mayores de las que en las obras auténticas y reconocidas de Tirso pueden notarse.

Ingeniosamente, y no sin algún dato en que apoyar su conjetura, han indicado algunos, especialmente Hartzenbusch, que quizá esas obras anónimas sean restituciones hechas á Tirso por varios refundidores de comedias suyas. ¿Pero

qué autor puede haber bastante bonachón para preferir al texto de sus obras genuinas la refundición hecha por un *quidam*, é imprimirla por su cuenta, dando además las gracias al plagario, sin duda por el tino y gracia con que le había desbalijado? Esta humorada heroica no puede suponerse ni de Tirso ni de nadie.

Lo más verosímil, por tanto, es que perteneciendo íntegramente á Tirso cuatro comedias, las restantes fueran escritas por él en colaboración con otros autores, y alguna quizá graciosamente prohijada por consideraciones que ahora no se nos alcanzan.

¿Pero cuáles son las cuatro comedias exclusivamente suyas? Ni siquiera en esto hay prueba plena, ni por tanto uniformidad de pareceres. De dos de ellas, *Por el sótano y el torno*, y *Amor y celos hacen discretos*, no puede dudarse, porque el nombre del autor se consigna al final:

Que por el sótano y torno  
Tirso escribe, mas no afirma.  
.....  
Dad ánimo á vuestro Tirso  
Para que despacio os sirva.

En cuanto á la tercera, debemos creer que es la titulada *Esto sí que es negociar*, por ser re-

fundición de otra comedia de Tirso, *El Melancólico*.

Resta averiguar cuál sea la cuarta. Mi opinión, acorde con la de Durán, se inclina á *El Condenado por desconfiado*. Las razones que en estos últimos tiempos se han alegado contra esta atribución no me convencen ni poco ni mucho. El nervio teológico que hay en *El Condenado* no vuelve á encontrarse en drama alguno de nuestro teatro, ni siquiera en la brillante poesía alegórica de los autos de Calderón, cuya teología es de un género mucho más popular y menos escolástico. El autor de esta creación asombrosa (en su línea la primera de nuestra literatura) no pudo ser un mero creyente, sin más doctrina especulativa que la muy sólida, en verdad, que todo el pueblo español tenía en el siglo XVII. Con esa elemental doctrina religiosa se pueden hacer autos al Nacimiento, alegorías al Santísimo, comedias de vidas de Santos, leyendas dramáticas como el *Anticristo* de Alarcón; se pueden presentar conflictos admirablemente trágicos como los de *La Devoción de la Cruz*, *El Purgatorio de San Patricio*, *El Esclavo del demonio*, *La Fianza satisfecha*; pero no se puede escribir un drama de controversia dialéctica, rigurosa

y precisa, como *El Condenado*; no se puede llegar á las entrañas y á lo más abstruso de la teología; no se puede revestir de luz poética los conceptos más radicales de la Etica cristiana, dramatizando la batalla entre la predestinación y el libre albedrío. Ni Lope ni Calderón, aunque tomasen las órdenes eclesiásticas en su edad madura, eran teólogos de profesión, ni menos lo fueron Alarcón y Rojas. El autor de *El Condenado* tuvo que ser un hombre avezado á la disputa silogística y al estrépito de las aulas, un ergotista de pulmones de hierro, profundamente versado en la ciencia de Báñez y Molina. ¿Y á quién de nuestros grandes dramaturgos podemos atribuir tal preparación escolástica, sino al que fué toda su vida *Lector* y *Maestro de Teología*, y dejó *esculpidas sus glorias* en el *teatro* ó *paraninfo* de la Universidad de Alcalá, según el dicho de Cervantes? Sólo de la rara conjunción de un gran teólogo y de un gran poeta en la misma persona pudo nacer este drama único, en que ni la libertad poética empece á la severa precisión dogmática, ni el rigor de la doctrina produce aridez y corta las alas á la inspiración; sino que el concepto dramático y el concepto trascendental parece que se funden en uno solo; de tal modo,